

Contradicciones del científico metido a publicista

Un fulgurante y temprano reconocimiento. Hemos visto que D'Alembert obtuvo un muy rápido reconocimiento por sus aportaciones científicas y filosóficas. Su carrera fue meteórica pues, después de presentar algunas memorias de sus trabajos, fue aceptado en 1741, a los veinticuatro años, como miembro de la Academia de Ciencias de París y, después de dedicar a Federico II de Prusia sus investigaciones sobre los vientos, fue escogido por aclamación en 1746 miembro de la Academia de Ciencias de Berlín y, en 1772, fue elegido secretario perpetuo de la Academia Francesa.

Se ha discutido mucho entre los estudiosos hasta qué punto la tan decidida, esforzada y exitosa dedicación de D'Alembert a la matemática y la ciencia le servía de linimento o elemento tranquilizador ante la ansiedad e inseguridad que sentía por su origen como expósito. Recordemos que fue abandonado totalmente por su madre, mientras que su padre biológico se limitó a sufragar su manutención y formación. Ello lo marcó profundamente, aunque es evidente que D'Alembert optó por las matemáticas por vocación, pues el prestigio social lo podría haber obtenido también con el ejercicio del derecho (en el que fue formado) o de la medicina (que comenzó a cursar, pero dejó al año). Ahora bien, eso no quiere decir que no deseara profundamente (como su amigo Voltaire) conquistar el prestigio y reconocimiento social, lo cual explicaría su habitual reacción violenta cuando se sentía cuestionado (como pasa con las críticas que recibió por su labor en la *Enciclopedia*).

Necesidad de tranquilidad. Además, ello conecta con la constante, inteligente pero también orgullosa defensa de su autonomía personal, tranquilidad y necesaria independencia para seguir libremente sus investigaciones. Así se explica (junto con su relación con Julie de Lespinasse) que D'Alembert rechazase las espléndidas ofertas de Catalina de Rusia (en 1762 para dirigir la formación —con una importante renta— de su heredero) y Federico de Prusia (en 1763 le ofrecía la dirección de la Academia de Berlín con la correspondiente e importante renta económica). En todos los casos se evidencia la pugna en D'Alembert entre su gran deseo de reconocimiento y su enorme inseguridad personal (ambos asociados a su nacimiento expósito). La extraordinaria necesidad

de tranquilidad de ánimo de D'Alembert, es un importante motivo para que se retirara, en 1757, de la dirección de la *Enciclopedia*, al no poder soportar los crecientemente complejos conflictos políticos que la rodeaban (a veces violentos).

D'Alembert ansiaba limitarse al tranquilo y no conflictivo reconocimiento que había conquistado con sus investigaciones científicas, pero la *Enciclopedia* no se lo permitió, conduciéndole casi en contra de su voluntad a sus escritos filosóficos y publicistas. A pesar de que D'Alembert era hasta ese momento tan sólo el autor de abstrusas publicaciones matemáticas y científicas, pero aprovechando precisamente que tenía ya una dilatada trayectoria institucional y un gran reconocimiento público (incluso aumentado por el conocido y emotivo drama de su bastardía entre la famosa escritora libertina la marquesa de Tencin y un general), fue el encargado de redactar el *Discurso preliminar de la Enciclopedia*. El talento natural de D'Alembert hizo, no sin cierta sorpresa, que éste se convirtiera pronto en el programa filosófico aceptado de modo generalizado por de los enciclopedistas y una de las formulaciones cumbre del proyecto ilustrado. Además, aún con más sorpresa, convirtió a su autor en un escritor popular y de referencia, que así inició una importante obra filosófica y publicitaria.

La *Enciclopedia* como herramienta o como arma. Sin duda D'Alembert tenía una imagen pública más sólida y a proteger que la mayor parte de los primeros implicados en la *Enciclopedia*, especialmente Diderot, que acababa de cumplir prisión por su obra crítica *Carta sobre los ciegos para uso de los que pueden ver* y que era definido como «extremadamente peligroso» en su ficha policial. De hecho, D'Alembert ya había entrado en la Academia de Ciencias de París, cuando un totalmente desconocido Diderot llegaba a la gran ciudad desde provincias.

Su conocido origen aristocrático—eso se reconocía entonces incluso en casos como éste de abandono y bastardía—y su pertenencia a instituciones monárquicas de confianza como la Academia de Ciencias y la Academia Francesa vincularon a D'Alembert con el flanco más moderado, elitista y proestatalista de la Ilustración francesa—máxime cuanto por entonces no había destacado por ninguna manifestación pública radical—. No en vano, D'Alembert simpatizaría con Voltaire, entonces ya una autoridad pública reco-

nocida, y también una personalidad muy elitista (hay que recordar que el vulgo solía ser llamado *la canaille*), del que será reconocido heredero en el liderazgo del grupo de los filósofos.

D'Alembert también estuvo próximo al ministro de Hacienda ilustrado, reformista y moderado Turgot, la caída del cual, seguida de la de Necker, impidió definitivamente una reforma ordenada del régimen que evitara la explosión revolucionaria. Además D'Alembert sería el máximo mentor de su amigo y discípulo Condorcet, también moderado y una de las futuras víctimas de la radicalización de la Revolución Francesa, en la que fue diputado. Para ellos y gran parte de los enciclopedistas, la *Enciclopedia* era sobre todo una herramienta; era la herramienta clave para el progreso humano, pues éste se pensaba originándose en las ideas y la cultura para acabar incidiendo poco a poco en la mejora de las condiciones de vida populares.

El estudioso Franco Venturi considera muy significativa de la posición política y filosófica reformadora pero moderada de D'Alembert su idea de que «lo propio de la verdadera filosofía es no forzar ninguna barrera, sino esperar a que las barreras se abran ante ella, o volverse cuando no se abren». Consideramos esta cita especialmente pasiva y desengañada, que contrasta con muchas otras más activistas, más optimistas y más atrevidas del mismo D'Alembert. Ahora bien, hay que reconocer que éste se distancia de la Ilustración más radical y atea de, por ejemplo, D'Holbach (con su materialista *Sistema de la naturaleza*, de 1770) y Helvétius; al igual que de la más populista representada por Diderot (también materialista) y Rousseau.

Ciertamente hasta la caída de la Bastilla en 1789 se pueden contar con los dedos de una mano los que se declaran revolucionarios y, aun simplemente, republicanos. Nadie pudo llegar a concebir certeramente cuán cercana en el tiempo estaba la revolución popular, pero sí que había amplios sectores intelectuales que ya iban más allá del vago deísmo hacia un claro ateísmo y un radical vitalismo. Incluso había ya importantes filósofos como Diderot y Rousseau que ya sometían a dura crítica a la propia Ilustración, en parte desde ella misma, pero en parte también apuntando ya a perspectivas claramente prorrománticas.

La Enciclopedia, alternativa a la Biblia. Sin duda, para los enciclopedistas y filósofos más radicales, el magno proyecto de la *Enciclopedia* era en el fondo una ambiciosa arma cultural y política que, como temían los críticos conservadores, estaba destinada (aunque se disimulara) a transformar profundamente la sociedad. Pero ya sea con la moderada voluntad de que fuera una herramienta de civilización generalizada y aun popular, o ya sea con una intención más política como decisiva arma de transformación y subversión social, a nadie escapaba que la *Enciclopedia* aparecía muy claramente como una especie de alternativa ni más ni menos que de la Biblia.

Aunque se evitara en todo momento explicitar cualquier comparación entre esos dos «grandes libros de libros» que son la Biblia y la *Enciclopedia*, tendían a contraponerse como los dos grandes libros que recogían el uno la palabra divina y el otro la palabra humana. Al menos éste era el objetivo de la *Enciclopedia*, tal y como la presentaba Diderot (en el artículo así llamado): «El fin de una enciclopedia es reunir los conocimientos desparramados por la superficie de la Tierra; exponer el sistema general a los hombres con que vivimos y transmitirlo a los que vendrán después de nosotros; a fin de que los trabajos de los siglos pasados no hayan sido inútiles para los siglos que han de venir; de que nuestros descendientes, al devenir más instruidos, se hagan al mismo tiempo más virtuosos y más felices, y de que nosotros no muramos sin haber merecido pertenecer al género humano».

Por la misma amplitud de su ambicioso proyecto (más de 70.000 entradas), la *Enciclopedia* aparecía inevitablemente como el nuevo libro o «libro de libros» (como la Biblia), que recogía y sintetizaba el conocimiento racional del universo, tanto el natural como el humano (la historia, la cultura, las ideas...). Significativamente, los críticos bienpensantes de la *Enciclopedia* denunciaron tanto lo diabólico del proyecto (detrás de medidas palabras de respeto por la religión) como la vaguedad y confusión babélica de voces que caracterizaría la nueva secta enciclopédica (a la que llaman de los *cacouacs*).

Más adelante, en 1790, Edmund Burke, en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, denunciaba el papel clave de la *Enciclopedia* para que se produjera la revolución; había sido –viene a decir– una bomba de explosión retardada que necesitó un par de

décadas para surtir su efecto. Es una tesis exagerada, que olvida causas más cercanas y directas de la Revolución Francesa, como, por ejemplo, la mala administración por parte de la corte de los conflictos sociales y las crisis económicas. Sin éstas, las ideas, por ambiciosas y atrevidas que fueran (y ciertamente la *Enciclopedia* propagó muchas de ellas), no hubieran provocado el conflicto violento, incluso podrían haberlo prevenido o hacerlo innecesario (como pensaban lealmente algunos de los enciclopedistas más moderados).

¿Herramienta biopolítica? Más allá de polémicas estériles, para el conjunto de los ilustrados la *Enciclopedia* estaba pensada sobre todo como la más potente arma en contra de la superstición y, por tanto, como una herramienta esencial para educar y sensibilizar al máximo a la ciudadanía en la necesaria reforma espiritual y social. Era, pues, tanto un arma política como una herramienta meramente cognoscitiva y cultural, que no sólo recogía los saberes dispersos y ya consolidados, sino que sobre todo los interpretaba filosóficamente y los contextualizaba en un magno proyecto socio-político de ilustración.

Sin apartarse de la conjunción de arma y herramienta, pero probablemente evitando conscientemente que el arma devorase a la herramienta, D'Alembert se esforzó especialmente por construir y ofrecer a la ciudadanía la más útil herramienta intelectual posible, la más eficaz para ampliar y profundizar en el conocimiento (no sólo científico, pero teniendo a éste como modelo) y conseguir que llegase hasta el máximo número de población. La *Enciclopedia* había de ser la herramienta clave para popularizar la filosofía e, incluso, para que el rigor racional científico llegara poco a poco a las masas.

Para que ello fuera posible, D'Alembert comprendió que no podía oponerse a la monarquía y a sus instituciones, sino que tenía que conseguir que éstas colaborasen y asumieran como propia la *Enciclopedia*. Creemos que, a su manera, D'Alembert intentó convencer a los sectores moderados de la monarquía de que aceptaran e integrasen el proyecto enciclopedista dentro de las necesarias biopolíticas o políticas destinadas a fomentar aspectos clave de la vida de la población (como la educación, su formación laboral, etc.). Como también harán ministros como Turgot o Necker, animó a la monar-

quía a desarrollar nuevas políticas de fomento del país, de mejora de su producción nacional y de su competitividad internacional. Hay que reconocer que el mensaje que se transmitía apuntaba no sólo al objetivo de mejorar la vida del pueblo, sino también a enriquecer el potencial nacional. Seguramente era del todo ingenuo predicar en aquel momento, con un muy poderoso y retrógrado partido de la corte, biopolíticas avanzadas como las mencionadas. Y ciertamente la Revolución Francesa se hará inevitable ante los conflictos mal resueltos y el fracaso de todos los intentos de renovación. Una vez más, la revolución fue el resultado del bloqueo sistemático de toda reforma.

Abandono del proyecto enciclopedista. Pues bien, en los discursos de D'Alembert en defensa de la *Enciclopedia* se dirigió también a la monarquía y a sus ministros moderados tratando de convencerles no sólo de la necesidad de tolerancia y de la dignidad intelectual del proyecto, sino también de las aportaciones positivas que éste tendría para el Estado. En el fondo y de acuerdo con su trayectoria científica siempre bajo la protección de las academias reales y, por tanto, al servicio de la monarquía, D'Alembert se preocupó mucho y amenazó diversas ocasiones con dimitir de la dirección de la *Enciclopedia* cuando ésta parecía perder el apoyo de las autoridades o, incluso, entraba en conflicto con ellas. Ello sucedió pronto, con la detención de Diderot en 1749 y con el decreto real que bloqueaba la edición de la *Enciclopedia* en 1752 y prohibía los dos volúmenes ya distribuidos.

Además, el también enciclopedista abad de Prades, que había defendido con éxito una tesis de teología en la Sorbona, vió cómo con posterioridad su tesis fue censurada y quemada públicamente, debiendo exiliarse. Evidentemente todo el grupo enciclopedista reaccionó y dió apoyo público al proyecto editorial y al abad de Prades. Sin cejar en esa defensa, D'Alembert, en medio de la polémica, se sintió vejado gravemente por las críticas y proclamó querer recuperar su prestigio, respeto profesional y tranquilidad. Terminará renunciando a la dirección del proyecto, en el que sólo colaboraría en adelante como experto en matemáticas y astronomía física.

Por lo que hemos dicho, no es extraño que D'Alembert optara por la estrategia de denunciar a sus críticos a los ministros reales, como por ejemplo, el moderado Malesherbes,

director de la Biblioteca Real y encargado de la censura y vigilancia para que las publicaciones no atentasen contra el Estado monárquico ni contra la religión. Tampoco no debe sorprender que, en un primer momento, la *Enciclopedia* recibiera importantes apoyos de la corte, como la propia favorita de Luis XV, madame Pompadour, y otras personalidades que coincidían en recelar de los jesuitas (sus colegios fueron cerrados y la Compañía prohibida en 1762).

Desavenencias entre D'Alembert y Diderot. Ahora bien, también es evidente la distinta perspectiva de D'Alembert y Diderot en la común defensa de la *Enciclopedia*. Diderot no concibió ni pudo nunca usar la estrategia de D'Alembert, puesto que su caso no era el de un científico famoso, casi funcionario real, como D'Alembert, sino el de un impresor y publicista relativamente alejado del poder e incluso muy peligrosamente vinculado a la polémica pública y al naciente «capitalismo de imprenta» que solía bordear la ilegalidad. Pero a D'Alembert le salió sorprendentemente bien la estrategia, al menos en un principio, con lo cual ayudó con gran eficacia a que la *Enciclopedia* se ganara en algún momento un prestigio suplementario. No como una mera iniciativa editorial privada, sino como un magno proyecto de prestigio social que engrandecería a Francia (dentro del marco de un incipiente despotismo ilustrado) y que por tanto contaba o parecía contar con algunas complicidades incluso dentro de la corte y en los ministros monárquicos.

A esta estrategia se sumó una astuta y a veces premeditada distribución de los papeles en la defensa de la *Enciclopedia*. Coherentemente con su trayectoria, además de apelar a la complicidad del poder, D'Alembert se centraba en contestar las críticas formuladas desde el mundo académico, universitario y de revistas eruditas como el poderoso *Journal des Savants*. También fue autor de los interesantes *Advertissements* que iniciaban los volúmenes editados durante su dirección (el del volumen V, por ejemplo, es un significativo elogio de Montesquieu).

En cambio, Diderot daba respuesta a las más peligrosas cuestiones religiosas y políticas, haciendo frente tanto al conservador partido de la corte como a los jesuitas (que se mostraban muy críticos, especialmente a través del famoso *Journal de Trévoux*, que

además estaba también elaborando su propio diccionario) y los jansenistas. Como vemos, desde atalayas y perspectivas muy distintas, son muchos y muy diversos los sectores que van coincidiendo en atacar la *Enciclopedia*.

El intelectual académico y fiel aliado se queja al Estado. Durante unos años, el mencionado equilibrio ofreció importantes dividendos al enciclopedismo. Dentro de ese marco de mínima complicidad de algunos sectores monárquicos con la *Enciclopedia*, que era en el que se sentía cómodo D'Alembert, éste reivindicó la dignidad del intelectual, del escritor y del publicista. Incluso se lo imaginaba similar al que estaban conquistando científicos como él insertos en las nuevas academias monárquicas. Aunque no lo dijera con rotundidad, vemos que D'Alembert consideraba que las críticas barriobajeras recibidas por los enciclopedistas no sólo debían ser vistas como una ofensa a la libertad de un determinado ciudadano particular, sino como un atentado a la libertad de unos intelectuales que tan sólo pretendían garantizar el progreso humano y la grandeza de las instituciones de su país, incluyendo el rey.

Papel de nacionalización y fomento de la cultura. D'Alembert intuyó ya el papel que podría desempeñar la *Enciclopedia* dentro de la nacionalización y el fomento de la cultura que estaban iniciando los Estados absolutistas con sus altas academias (de las que él era miembro privilegiado). Quizá fue el único o uno de los pocos que se planteó así el proyecto enciclopedista, y todavía faltaban bastantes décadas para que estas concepciones y estrategias biopolíticas penetraran en las elites del poder. Es posible que el lector dude de esta hipótesis, pero le hacemos notar que permite entender lo que muchos calificaban de «sorprendente ingenuidad» de D'Alembert (como le argüía el ministro Malesherbes, que siendo moderado no podía seguirle en su argumento) al quejarse públicamente ante el poder y la monarquía, no sólo de los ataques que recibía la *Enciclopedia*, sino incluso de los que recibió él mismo al defenderla (pero es que D'Alembert estaba argumentando que al hacerlo defendía también la cultura nacional y el propio Estado).

Más allá de lo personal, D'Alembert (que había sido insultado en tanto que expósito, pobre y filósofo) consideró que garantizar la libertad en la república de las letras no era

sólo –como pensaba Diderot– respetar a los intelectuales como representantes de la naciente opinión pública, de los ciudadanos de a pie o de la sociedad civil (es decir, lo que Kant llamará el libre «uso público de la razón») para educar a la humanidad en conjunto, sino que era además, sobre todo y muy peculiarmente, defender la libertad de intelectuales que representaban la quintaesencia de los talentos nacionales y que, por tanto, garantizaban lealmente la grandeza de su país y su monarca (lo que Kant llamará el «uso privado de la razón») en tanto que funcionarios o representantes del poder político para ejercer –muchas veces, pero no siempre, a cambio de una cierta retribución directa– determinadas funciones públicas de educación o adoctrinamiento.

Mecenazgo directo e indirecto. Así se explica otra interesante paradoja de D'Alembert. Por una parte, en su *Ensayo sobre la sociedad de la gente de letras y de los grandes, sobre la reputación, sobre los mecenas y sobre las recompensas literarias* (1753), D'Alembert rechazó y denunció como una imposición el presunto mecenazgo cultural («directo y corruptor») de los grandes aristócratas, clérigos y burgueses porque tiende a oponerse al progreso y a la libertad de opinión. Ahora bien, por otra parte, defendió al nuevo «mecenas» en que se convierte el Estado monárquico a través de sus academias, colegios y escuelas reales. Al considerar el mecenazgo monárquico-nacional como indirecto, no ve en él el mismo peligro de coartar la libertad de opinión que en aquéllos.

Tras esa distinción entre mecenazgo directo, que es corruptor, y el indirecto, que no lo es (además aplicado a instituciones entonces férreamente controladas por la monarquía), vemos que también D'Alembert se mostró dependiente de su personal procedencia y trayectoria académica. Por eso, en la *Advertencia* del tercer volumen, D'Alembert insistirá en plena polémica que «la *Enciclopedia* lo debe todo a los talentos, nada a los títulos, y [...] es la historia del espíritu humano, y no de la vanidad de los hombres».

Alianza imposible entre la monarquía francesa y sus intelectuales.

Lamentablemente, la Francia absolutista no gozaba de la tolerancia de la monarquía constitucional británica, ni tampoco de un «rey filósofo» como el déspota ilustrado amigo de D'Alembert, Federico II de Prusia. Por tanto, deviene imposible esa alianza pro-

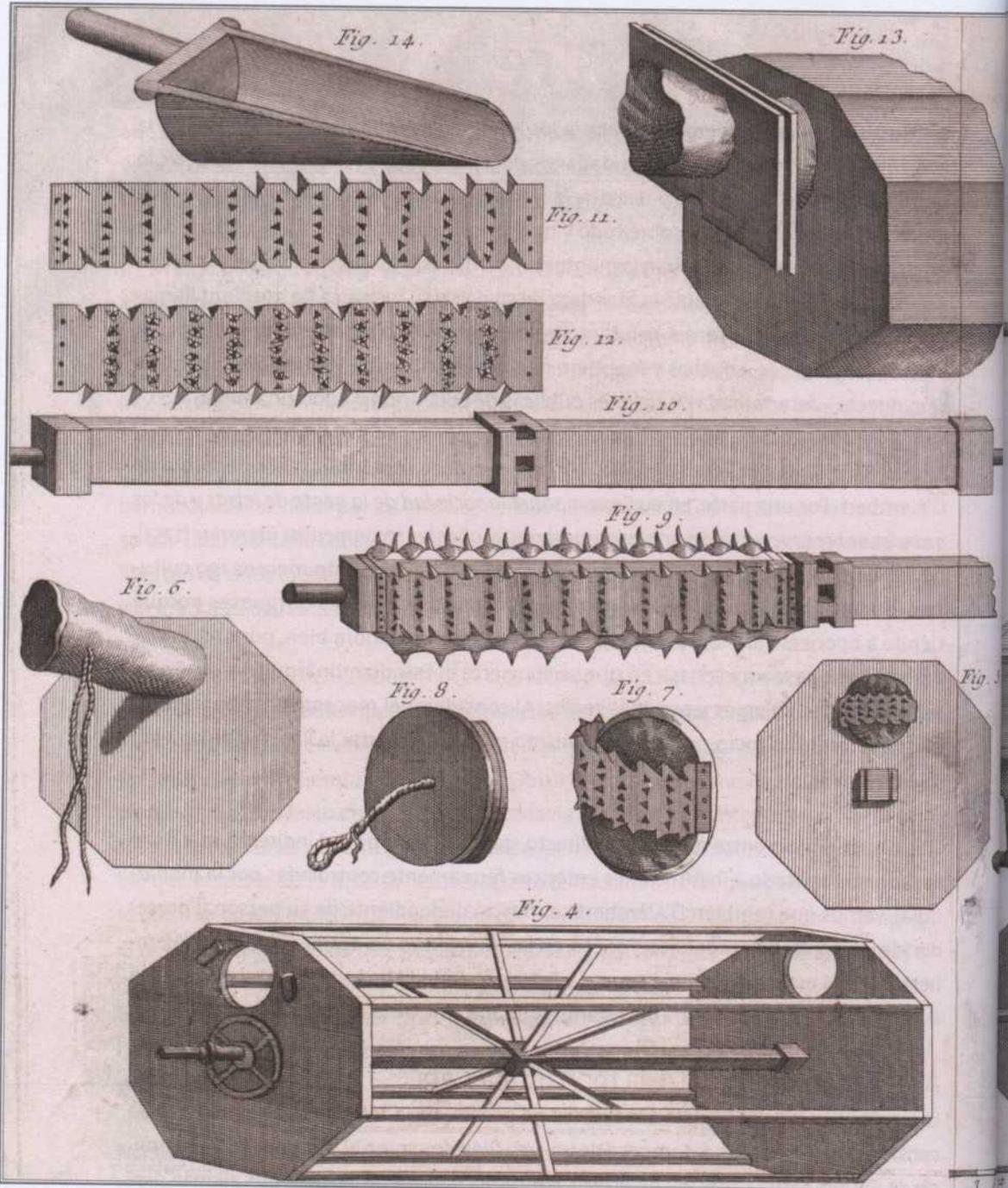


Fig. 1.

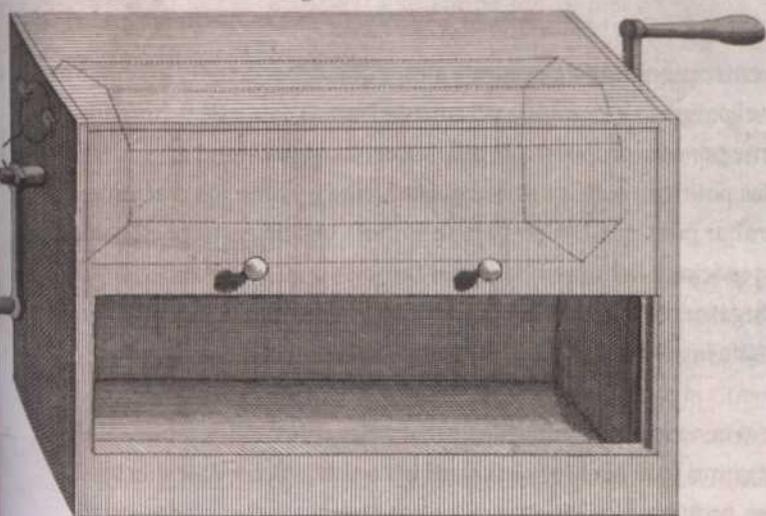


Fig. 2.

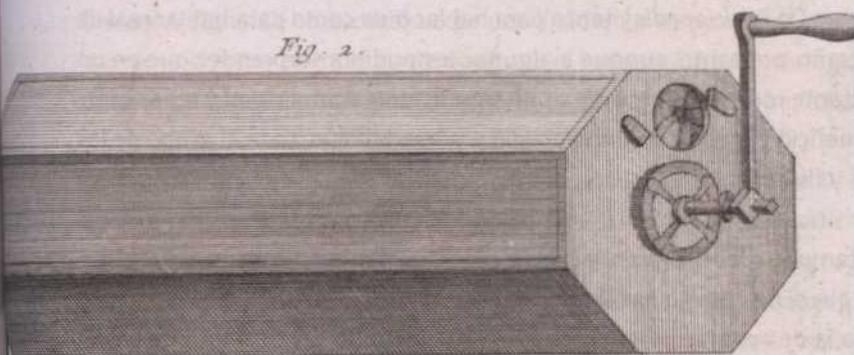
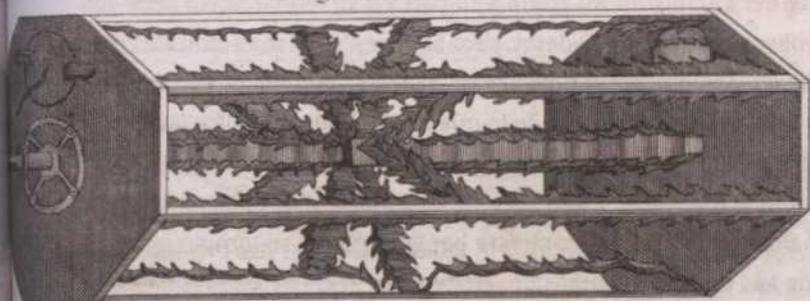


Fig. 3.



Echelle de 6 Pieds pour les Fig. 2, 3, 4, 5, et 6.

EN 1750, DIDEROT Y D'ALEMBERT, inspirados en la *Cyclopedia* (1732) de Chambers, redactaron el texto que se utilizó en la suscripción de la obra y expusieron el plan de una enciclopedia organizada como un diccionario universal en diez volúmenes, más uno de grabados. Dado que desde un principio el proyecto tuvo la oposición frontal de los jesuitas y los tradicionalistas, no sería hasta 1772, tras décadas de lucha, cuando la obra quedaría completada con los volúmenes del diccionario razonado y once volúmenes de grabados dedicados a las ciencias, las artes liberales y las artes mecánicas. En la imagen, las herramientas que el perfumista utilizaba para elaborar cosméticos (Tamis à sasser l'amidon en poudre et développements), que fue reproducida en la *Encyclopédie méthodique* de Panckoucke (1778-1832). ♦

puesta por D'Alembert entre monarquía e intelectuales, y que debería tener el objetivo último de garantizar el progreso y la grandeza tanto de Francia como de la humanidad. Movido precisamente por esta propuesta de alianza, con la que D'Alembert se anticipó varias décadas a las políticas culturales estatales futuras, y ante los crecientes conflictos, no es de extrañar pues que D'Alembert se sintiera vejado en su persona al ejercer tales supremos servicios a la humanidad, pero también a su país y a su monarca, y que se quejara amargamente a Malesherbes en tanto que encargado por el rey de la vigilancia y la censura de las publicaciones.

No es extraño que pidiera censores más educados, razonables e ilustrados; y que también –paradójicamente como más adelante le argumentará el propio Malesherbes– que solicitara «que se les prohíba a los jesuitas, nuestros enemigos declarados, escribir sobre esta obra [la *Enciclopedia*], tanto para hablar bien como para hablar mal de ella». No es extraño, por tanto, aunque a algunos les pudiera sorprender, que en un primer e importante momento obtuviera una significativa complicidad y reparación, de la que se benefició él mismo, la *Enciclopedia* y, por extensión, todo el grupo de los enciclopedistas y filósofos.

Paralelamente tampoco debe sorprender o parecer extraño que, en coherencia, D'Alembert sostuviera que si no obtenía esa ayuda o reparación de las instituciones de su país, su actitud fuera la de sentirse personalmente desautorizado, conjuntamente con el proyecto que brindaba a esas instituciones y, en consecuencia, abandonar la *Enciclopedia*, para mantenerse fiel a sí mismo, así como a su país y a su monarca. No debe sorprender pues que –desconcertando a Diderot, pero también a los más radicales enemigos de la *Enciclopedia*– D'Alembert al final llevara a cabo esa renuncia, que según lo que hemos visto es mucho más coherente de lo que normalmente se dice (evidentemente atendiendo a sus ideas y condicionamientos).

Como es sabido, finalmente la alianza propuesta por D'Alembert se rompió o se hizo imposible. A pesar de sus protestas y mensajes (reiterados y no sólo subliminales) de alianza entre enciclopedismo y monarquía francesa, ésta devino imposible ante las violentas respuestas a la publicación de los primeros volúmenes de la *Enciclopedia*, que

ciertamente contenían evidentes opiniones heterodoxas. Los artículos violentamente críticos y polémicos con la publicación crecieron a medida que el partido religioso y el de la corte renovaron su alianza tradicional y forzaron un claro desmarcage de las jerarquías (por ejemplo, el mismo Malesherbes) respecto al enciclopedismo.

Reacción institucional. Ello provocó que las renovadas protestas de D'Alembert a las autoridades dejaran de surtir cualquier tipo de complicidad y reparación, especialmente por dos hechos de gran trascendencia política y que D'Alembert no podía ni prevenir ni conjurar. El primero fue que en 1756 dio comienzo la Guerra de los Siete Años (con lo cual se convertía en un inequívoco factor negativo la conocida amistad de D'Alembert con Federico II de Prusia) y el segundo que en 1757 el rey Luis XV sufrió el atentado de Damiens. En Francia se impuso una política de mano dura para evitar cualquier signo de heterodoxia o de debilidad en el apoyo al orden establecido y a la monarquía; como ejemplo baste decir que el Parlamento de París legisló la condena a muerte o a galeras para todos los autores de libelos o escritos sediciosos.

Aunque la *Enciclopedia* no tenía propiamente nada que ver con los hechos mencionados, sus críticos destacaron que promocionaba la disidencia antipatriótica enmascarada como presunta tolerancia en las ideas. En el orden interno del proyecto enciclopédico se rompió, además, la distribución de papeles que hasta entonces funcionaba con Diderot y éste evitó comprometerse ante las autoridades eclesiásticas ginebrinas en la polémica por el artículo «Ginebra» de D'Alembert. Finalmente, en tales negativas circunstancias y en función de la argumentación mencionada, D'Alembert dimitió como director de la *Enciclopedia* a finales de 1757; su desánimo fue tal que incluso propuso detener su publicación, en espera de mejor ocasión.

La posición de D'Alembert se vuelve insostenible. Evidentemente Diderot y los partidarios de publicar la *Enciclopedia* a toda costa (y probablemente de usarla como arma político-cultural más allá de lo que se decía) acusaron a D'Alembert de abandonar el barco en su peor momento. Pero también es cierto, y eran plenamente conscientes de ello, que la actitud de D'Alembert era por entonces contraproducente para la continuidad de la *Enciclopedia*, pues las relativas reparaciones conseguidas y la

contundencia en acusar a jesuitas, jansenistas, la Sorbona y sectores de la corte no hacía sino reforzar la creciente alianza contraria al proyecto de todos estos sectores. Si por una parte, el artículo «Jesuitas» de la *Enciclopedia* defendía claramente su prohibición y expulsión de los territorios de la monarquía francesa, por otra, en 1758, el papa Clemente XIII se manifestó públicamente en contra de la *Enciclopedia*. En medio de esta compleja guerra de guerrillas y a pesar de que ésta se había beneficiado de la postura orgullosa e intransigente de D'Alembert, la *Enciclopedia* veía ahora que sus enemigos se multiplicaban y ejercían una fuerte presión conjunta –a veces casi coordinada– en su contra.

Por otra parte la conocida amistad y apología de D'Alembert respecto al «rey filósofo» e ilustrado Federico II de Prusia despertaron la desconfianza en Francia por las tensiones internacionales resultantes de la Guerra de los Siete Años. Además, resultaba contradictorio reclamar mayor tolerancia y libertad de opinión, quejándose continuamente de los adversarios y de su uso de esas libertades, aunque D'Alembert propiamente se quejaba de la desigualdad en las atalayas desde donde se luchaba y en el tratamiento recibido, que hacía suponer una cierta aprobación o protección por parte de la monarquía.

Ciertamente, tenía razón Diderot al decir que «abandonar la obra es volver la espalda en la brecha, y hacer lo que desean los tunantes que nos persiguen. ¡Si supiera usted con qué alegría se han enterado de la desertión de D'Alembert y las maniobras que emplean para impedirle volver!» Pero a pesar de ello y como hemos visto, resulta excesivo hablar de traición, puesto que D'Alembert continuará colaborando en los artículos científicos y como especialista –incluso en la etapa inmediata de elaboración clandestina–. Tampoco significa que claudique de sus ideas de libertad y tolerancia en la expresión de las ideas, al contrario, incluso se reafirmará y radicalizará en ellas.

Pero D'Alembert no podía ya defender la *Enciclopedia* como una propuesta de biopolítica, ni tampoco se sentía con fuerzas ni habilidades para defenderla desde las barricadas del «capitalismo de imprenta» y como un contestado proyecto editorial que, desde la sociedad civil, se va alejando y oponiendo al Estado. Le resultaba personalmente

muy trabajoso mantenerse en medio del torbellino en que se había convertido la edición de la *Enciclopedia*, anhelaba recuperar la tranquilidad para poder dedicarse a sus estudios y, además, recuperar su relación armoniosa y académica con el poder, con la monarquía. Recordemos que por su formación y trayectoria, D'Alembert siempre había estado a buenas con las instituciones y que no estaba en absoluto acostumbrado a la polémica, entonces inevitable y muy dura en que estaban inmersos los filósofos reformadores o los trabajadores del naciente «capitalismo de imprenta» como Diderot.

Distancia con el publicismo mundano y astuto de Diderot. Diderot y los suyos no sólo estaban acostumbrados a las constantes críticas de los sectores tradicionalistas en el poder, sino que incluso –hemos de reconocerlo– vivían profesionalmente de la polémica. Ésta era consustancial con su trabajo publicitario y editorial que, por primera vez en toda la historia humana, les permitía vivir de sus publicaciones (por eso se habla de «capitalismo de imprenta») con gran independencia y sin mecenazgos de gente rica o poderosa. Evidentemente, la libertad y ausencia de condicionamientos que así ganaban para su línea de producción pública también tenía sus contrapartidas.

Como sucede en el periodismo actual, ese nuevo medio emergente necesitaba de la polémica pública, tanto como inevitablemente la encontraba en los sectores portavoces de la religión tradicional o de las clases altas cortesanas. Como dato significativo y de fácil interpretación, con la prohibición por parte del Consejo de Estado en 1752 se duplicaron el número de suscriptores, lo que permitió garantizar ya la rentabilidad de la obra. Este hecho explica que no cundiera el pesimismo y que, sólo en el momento más crítico con la dimisión de D'Alembert, se pensara en decisiones drásticas como dejar de editarla o hacerlo en el extranjero.

En tal vorágine, el científico friamente cerebral y distante académico que era D'Alembert no podía competir con el hábil polemista Diderot, de rápida y aguda respuesta, pero también de astuta capacidad de maniobra y desconfiado dueño de sus silencios (recordemos que la mayor parte de la obra dideroniana –evidentemente la más radical– se publicó póstumamente). De modo significativo, Diderot dirá más adelante que

los «geómetras son malos metafísicos, precisamente por la misma razón por la que son malos jugadores. Hay en la naturaleza, como en casi todos los juegos, cosas de sentimiento, que se sienten y no se calculan. Por la misma razón, tienen que ser malos políticos». Apuntando claramente hacia D'Alembert, afirmó que les falta olfato y flexibilidad para detectar y encarar hábilmente los sutiles cambios que se producen en la vida real.

Diferencias en la concepción y el ejercicio de la labor intelectual. Se ha dicho muchas veces que entre D'Alembert y Diderot había sobre todo una diferencia de carácter y talante vital, pero como vemos también la hay de estilo en la concepción y el ejercicio de la labor intelectual. Su diferencia profundiza en las circunstancias personales: por ejemplo, en aquella época la bastardía de D'Alembert no era socialmente tan perjudicial como hoy podríamos pensar y le daba un estatus social muy por encima del alcanzado por Diderot (hijo de un artesano cuchillero), además de facilitarle —como es conocido— el respeto del elitista Voltaire. Otra cosa muy diferente era, obviamente, cómo se viviera personalmente ese origen expósito. Pero hay además importantes y significativas diferencias académicas y profesionales, incluso en las leyes no escritas de los ámbitos intelectuales en los que pudieron o escogieron inscribirse: la rigurosa ciencia matemática y la academia establecida —D'Alembert— o bien la publicitaria por cuenta propia y la muy bien medida agitación cultural —Diderot—.

Libertad, verdad y pobreza. También se nota la procedencia de D'Alembert en la incompreensión última de las posibilidades de libertad que ofrecía el naciente capitalismo de imprenta (en el que también hay que inscribir la propia *Enciclopedia*), cuando reivindicaba una ascética y anticuada retirada de los intelectuales «casi encerrados entre sí», bajo la consigna de «libertad, verdad y pobreza». Significativamente, y de acuerdo con su concepción idealizada del filósofo, D'Alembert fue llamado el «Diógenes decente» y no podía valorar del todo la aparición de un nuevo tipo de intelectual que, por una parte fuera un librepensador pero, por otra parte, fuera también un pequeño empresario o trabajador por cuenta propia que no renuncia a vivir cómodamente de su labor publicitaria (como en el fondo era el caso de su amigo Diderot). Para este último, el filósofo no tenía que ser un asceta ni, como los medievales clérigos (término que

se identificaba con letrado, literato o capaz de escribir), tenía que hacer votos de pobreza y –casi– castidad, sino que podía abrirse a la vida mundana con alegría y jovialidad.

De todas maneras, D'Alembert no era ningún ingenuo y seguramente conocía de más cerca los mecanismos propios del poder y a los monarcas que la mayor parte de sus colegas filósofos. Así, por ejemplo, se mostraba más lúcido, en un primer momento, que Diderot y Voltaire respecto a la posible relación personal de los filósofos con los poderosos déspotas amigos que les ofrecen prebendas y sinecuras. Por ello, mantenía una relación cordial aunque distante y sin comprometerse en demasía con los ilustrados Catalina la Grande de Rusia y Federico II de Prusia.

D'Alembert no dedicó a Catalina tantas obras de proyectos de reforma y esfuerzos, que indefectiblemente acabaron en nada, como hizo Diderot, quien además cambió radicalmente su opinión sobre Federico de muy positiva a muy negativa. Por su parte, el más moderado D'Alembert siempre alabó a Federico como el «rey filósofo», pero evitó en todo momento ponerse en sus manos, como sí hizo y con muy malos resultados Voltaire. Ciertamente cuando recibió las propuestas más tentadoras, D'Alembert ya sabía del desagradable final de la aventura voltairiana con Federico en Berlín; pero hay que decir en honor suyo que difícilmente los humanos escarmentamos en cabeza ajena. D'Alembert, a pesar de su necesaria y constante intervención en las academias reales, siempre mantuvo un notable distanciamiento y autonomía con respecto a los monarcas que lo solicitaron.

Apoyo a la Ilustración y a los enciclopedistas desde la academia.

A pesar de las valoraciones que el público haga de los dos viejos amigos, que por las mencionadas diferencias se distanciarán progresivamente, hay que reconocer la importante labor de D'Alembert. Además de redactar más de un millar de artículos sobre matemáticas, física, astronomía y otras ciencias, aparte del *Discurso preliminar* y de los *Advertissements* que hacen de prólogo a los 5 primeros volúmenes, D'Alembert ofreció el paraguas de su prestigio, posición y esfuerzo a los conflictivos primeros años de la *Enciclopedia*. Por otra parte incorporó a ésta la entonces ya famosa figura de Voltaire, que Diderot veía con cierta reticencia.

Mucho hizo también D'Alembert al defender e introducir en Francia el sensismo del sistema de Locke y las ideas de Francis Bacon. Difundió una «filosofía práctica» que se propusiera pasar a la acción y llevar a cabo efectivamente las ideas de los filósofos. Apostó—cuando no era su procedencia— por una filosofía popular que llegara al conjunto de la población, considerando que el filósofo es más bien un sabio ordenador de nociones comunes que el creador personal de nuevas ideas.

No obstante, la concepción de D'Alembert del novedoso papel biopolítico que podía y debía desempeñar la *Enciclopedia* fue rotundamente derrotada por propios y extraños. El artículo «Ginebra», inspirado por Voltaire, provocó las protestas de Rousseau y Diderot se negó a colaborar en la defensa de D'Alembert, con lo cual su amistad se resintió. Tales brutales polémicas, con malentendidos y (sinceros o fomentados) prejuicios, molestaban profundamente al reservado y austero «Diógenes decente» que era D'Alembert. Éste siempre se mostró muy celoso del respeto del público, que había ganado con tantas dificultades y siempre se sintió amenazado por la conciencia de su ilegítimo nacimiento. Por todo ello D'Alembert terminó renunciando a dirigir la *Enciclopedia*.

Pero no dejó nunca de poner en peligro su prestigio público y el poder intelectual y científico que había ganado en defensa de los enciclopedistas y las ideas ilustradas. No se tienen que confundir las dos cosas, pues D'Alembert no estaba hecho—como es consciente Diderot— para la picaresca y la batalla cotidiana; en el fondo era un matemático y necesitaba el orden lógico y demostrativo. Por ello, le superaban y tuvo que abandonar las guerrillas alrededor de la *Enciclopedia*, pero a la vez fue un victorioso estratega en la guerra que llevó a cabo en favor de la Ilustración y los enciclopedistas en política intelectual, científica y en las altas academias.

Al dejar la dirección de la *Enciclopedia* en 1757, D'Alembert se retiró a la vida académica, pero hay que recordar que desde ella (por ejemplo, su secretaría perpetua de la Academia Francesa) siempre facilitó la entrada de las ideas ilustradas, enciclopédicas y de los filósofos en ese tan restrictivo ámbito oficial. Coherentemente con su pensamiento, se esforzó por reducir el peso de la aristocracia y los poderosos dentro de las academias en favor de la gente con ideas y la nueva clase intelectual. D'Alembert planificó e

hizo posible que muchos enciclopedistas, o lo que se consideraba el «partido filosófico», entraran y fueran reconocidos por las dos grandes academias que llegó a controlar (la de las Ciencias y la Francesa).

Promoción de filósofos y enciclopedistas. En la Academia de Ciencias D'Alembert, con sus aliados filosóficos el abad Bossut y el astrónomo Le Monnier, tuvo que esperar a la muerte de Clairaut para ascender y, más adelante, contó siempre en contra con la alianza formada por el gran astrónomo Lalande, el abad Nollet, el jesuita Bosovich y, ni más ni menos, el naturalista Buffon. A pesar de que nunca pudo conseguir que se admitiera a Diderot, D'Alembert lo tuvo más fácil en la Academia Francesa para promocionar a los filósofos y enciclopedistas. A un pequeño núcleo inicial de filósofos, entre los que destacaba Voltaire, se les pudo añadir en 1768 el famoso escritor Marmontel y el filósofo sensista Condillac (al que también ayudó a promocionar en la Academia de Berlín en 1752). En 1772, D'Alembert fue elegido su secretario perpetuo y, diez años más tarde, se les añadió –al vencer una famosa y disputada elección, también contra Buffon– su discípulo el matemático Condorcet.

Además, D'Alembert intentó en todo momento promocionar las ideas ilustradas en las muchas academias de Europa (es decir, entonces prácticamente casi todas las existentes) de las que era miembro numerario. Además de las francesas, podemos destacar la de Berlín, la Royal Society de Londres, las de San Petersburgo, Nápoles, Padua, Suecia, Turín, Noruega, el Instituto de Bolonia, la Sociedad Filosófica de Boston y la Sociedad Literaria de Kassel.

Esa inmensa pero dispersa y poco visible labor de promoción de la Ilustración y de los enciclopedistas llevada a cabo por D'Alembert fue clave, por ejemplo, para que Catalina la Grande de Rusia comprara la biblioteca a Diderot, con el compromiso de que hasta su muerte, éste pudiera gozar y usar totalmente de ella. De hecho, este acuerdo era una especie de pensión-homenaje, a cambio de una compensación casi testimonial. Si, a nuestro modesto parecer, tal acuerdo se convirtió en uno de las mejores aportaciones (no diremos «negocio») que Catalina hizo a su país fue debido a que nadie sabía ni sospechaba la cantidad y el calibre de las obras que Diderot guardaba sin publicar. Cier-

tamente la mayor parte de la obra póstuma de Diderot, de hecho la parte más numerosa y de mayor profundidad y creatividad, pasó por esta circunstancia a depositarse en San Petersburgo. Hasta allí y por los entresijos de la historia llegó la influencia de D'Alembert en la propagación de la Ilustración y de sus amigos.

Capitalismo de imprenta, instrumento biopolítico y símbolo. A pesar de que la capital mundial de la edición (y no sólo la heterodoxa) eran los Países Bajos y, aunque menos libre, el principal mercado era el británico, Francia puede enorgullirse de haber realizado, publicitado y proyectado hasta confines realmente lejanos la mayor y más famosa obra editorial del siglo: la *Enciclopedia o diccionario racional de las ciencias, las artes y los oficios, por una sociedad de gentes de letras*.

Sin duda se trataba de un magno proyecto editorial e intelectual mucho más ambicioso que sus conocidos antecedentes del *Diccionario histórico y crítico* de Pierre Bayle o la *Cyclopedia* de Ephraim Chambers. Aunque como es sabido todo comenzó como el proyecto de traducir esta última obra, pronto se pasó a querer adaptarla y mejorarla, para finalmente plantear el ambicioso proyecto definitivo. Quizá ya fuera decisiva la ambición contenida etimológicamente en el mismo término «ciclopedia», pues significa literalmente «el ciclo o circuito de la educación» y presupone la idea de que la auténtica educación necesita del circuito completo, estructurado y ordenado de los saberes.

Proyecto «de un grupo de gentes de letras». Por una parte, la *Enciclopedia* fue sin duda un proyecto privado «de un grupo de gentes de letras», editores y financieros dentro de lo que se denomina naciente «capitalismo de imprenta». También fue el punto de encuentro y arma propagandística de un potente grupo de intelectuales que la utilizaron como laboratorio de las nuevas ideas ilustradas y como poderoso canal emisor de sus propuestas políticas y de cambio social para toda la humanidad. Pero además la *Enciclopedia* también constituyó —aunque se olvide muchas veces— una obra que fue captada por la monarquía y el «nacionalismo de Estado» francés; de hecho, ya antes de la Revolución Francesa, se convirtió en uno de los primeros grandes símbolos de los nuevos Estados biopolíticos que nacieron en Europa a finales del siglo XVIII.

No hay que olvidar que gran parte de las planchas de grabados procedían de un proyecto anterior de una *Sociedad de artes y oficios* pronto vinculada, como proyecto promocionado por la corona, con la Academia de Ciencias de París. En él participaron miembros de ésta, como Clairaut y La Condamine, además del músico Rameau, cirujanos como Louis Antoine o el constructor de relojes Julien Le Roy. Éste es sólo uno de los hechos que nos lleva a evitar menospreciar la vinculación de la *Enciclopedia* con el poder monárquico francés, a pesar de la irregularidad de su relación, que va desde casi el patrocinio (por ejemplo cuando madame Pompadour y una gran parte del partido moderado de la corte está enfrentado y la utiliza en contra de los jesuitas) a la paranoica desconfianza (por ejemplo después del intento de regicidio de Damiens).

La «Enciclopedia Francesa». Normalmente ese vínculo biopolítico no es suficientemente valorado, pero permite resituar en un punto intermedio críticamente correcto el papel histórico de la *Enciclopedia* entre un deseado universalismo y su no suficientemente confesada naturaleza de arma a la vez eurocéntrica y afrancesada. Pensemos por ejemplo que, significativamente, aunque los estudiosos suelen referirse a esta obra por sus dos directores la «Enciclopedia de Diderot y D'Alembert», popularmente y todavía hoy se la suele llamar simplemente la «Enciclopedia Francesa». Además, aunque ya no se lea, pervive su mito que colabora en que, por ejemplo, la Ilustración aparezca popularmente como una propuesta típicamente francesa, olvidando sus orígenes neerlandeses y británicos, su posterior gran expansión por toda Europa desde España a Polonia o Rusia, pasando por supuesto por Alemania e Italia.

Los contactos del impresor Le Breton. Ello es así tanto porque la *Enciclopedia* adquirió una enorme relevancia e insospechada simbología en su siglo, como porque representó también la culminación o la constatación de la gran preponderancia dentro del marco europeo e incluso occidental de Francia, su cultura y su lengua. El impresor y principal accionista André-François Le Breton aportaba, significativamente, una tradición de contactos y servicios con la monarquía (por ejemplo, su abuela tenía la exclusiva de la edición del *Almanaque real*, entonces de gran y seguro tiraje). Se calcula que el beneficio o resultado económico de la *Enciclopedia* para sus financieros fue del orden del triple del capital aportado. En sus seis ediciones (París, Ginebra, Lucca,



EL INCIDENTE DEL 5 DE ENERO DE 1775, cuando Robert François Damiens golpeó al rey Luis XV al entrar en su carroza en Versalles, dio pie a muchos para acusar a la Compañía de Jesús de haber movido la mano de Damiens y de tramar un complot contra la corona, y a otros para considerar que había actuado movido por las fuerzas del Parlamento, enfrentado contra el rey por el apoyo parlamentario a los jansenistas. Pero las habladurías no llegaron a probar la existencia de aquellas



conspiraciones y Damiens fue acusado de intento de regicidio y condenado a morir desmembrado por caballos en la plaza de Grèves el 28 de marzo de aquel año. Tras la ejecución, que duró cuatro horas, durante las que se le aplicaron todo tipo de torturas ante la mirada, como muestra este grabado de la época, de todo París, su casa fue arrasada y su familia obligada a cambiar de apellido y a dejar suelo francés. Bibliothèque National, París. ♦

Livorno, Ginebra-Neuchâtel, Lausana-Berna) distribuyó unos 24.000 ejemplares hasta 1782 y cada uno de ellos tenía un precio muy importante para los ingresos de esa época (hasta el punto de que es sabido que Voltaire dudaba profundamente de que con esos costes la obra pudiese tener realmente una recepción y un impacto político decisivo).

Negociación con la monarquía. Después de la dimisión en la dirección (no en los artículos matemáticos y científicos) de D'Alembert, la *Enciclopedia* continuó bajo la dirección de Diderot y su política posibilista basada en utilizar astutamente todos los intersticios posibles dentro de las leyes y buscar componendas con el poder. Significativamente, la revocación del privilegio para su edición en 1759 fue superado con una hábil negociación con la monarquía, que ponía el énfasis en un argumento largamente sopesado por D'Alembert: la posibilidad de editarla fuera de Francia, ya sea en Berlín o en Riga y bajo el patrocinio del rey filósofo y amigo de D'Alembert Federico II, ya sea en alguna de las mecas de libros prohibidos (Países Bajos o Suiza).

A nadie escaparon las muchas pérdidas económicas, culturales y de prestigio para el Estado francés, además de que la monarquía había perdido todo su poder de control o de influencia en los contenidos editados. Con reticencia, la monarquía francesa reaccionó ofreciendo una salida intermedia, que satisfizo a Diderot, que no se acobardaba ante los retos difíciles y los complicados equilibrios, y que no simpatizaba ante un traslado que inevitablemente privilegiaría a D'Alembert y a Voltaire, y que al final no era descartable que tuviera consecuencias de una menor libertad.

La consecuencia de todo ello, y así lo entendieron todos los bandos enfrentados, fue que el proyecto enciclopédico había devenido en última instancia imparable, tanto porque era claramente viable y económicamente exitoso, como porque se había convertido en un símbolo de creciente importancia. Y nadie puede matar un símbolo... cuando además es rentable económicamente.

Ya fuera por las leyes del capitalismo de imprenta o por la concurrencia entre los distintos Estados europeos, la *Enciclopedia* se había convertido en un fenómeno cultural y económico no suprimible sin más, incluso para la poderosa monarquía francesa. Dicho

esto, que hoy parece indudable y que los agentes más hábiles e inteligentes del momento así calibraron, también es cierto que permaneciendo en Francia y a pesar de la autonomía que su éxito económico le permitía, la *Enciclopedia* era aún vulnerable a la censura y a las presiones. Ello tuvo que constatarlo tristemente Diderot cuando, en 1764, comprobó que el editor Le Breton había censurado preventivamente los textos que él había ido aprobando para su publicación.

A pesar de ello, el proyecto editorial continuó, incluso en cierto sentido se puede decir que «iba mejor que nunca». En 1766 se editaron los últimos volúmenes de texto, aunque hasta 1772 se continuaría publicando los de grabados (iniciados en 1762). Y como había devenido en símbolo, el contenido efectivo (por muy censurado que estuviera) de los últimos volúmenes ya no era lo más importante. Finalmente lo más importante de la *Enciclopedia* era su misma existencia.